

Sembrarnos de silencio

Alejandro Tobón Restrepo

En estos días de asamblea permanente, de lucha cierta por la universidad pública, tuve el privilegio de invitar al espacio de la clase de etnomúsica (el que no dejo morir, así no se avance en el contenido de la materia, porque estoy convencido de que la universidad se protege manteniéndola activa) a un dueto, Jorge Ramírez y Cristian Caballero, guitarristas, compositores, intérpretes egresados de la Facultad de Artes, para que nos presentaran a mis alumnos y a mí su último trabajo, una serie de canciones tributo al poeta Jesús María “chucho” Peña. Me conmovió profundamente un verso entre todo el repertorio de la poesía cantada. Dice el poeta que “aún no logran sembrarme de silencio”.

¿Sabemos quién es Chucho Peña? No, lo más probable, lo evidente es que la mayoría de nosotros no sepamos quién es él... Puedo proponer otros nombres: José Manuel Freidel, José Antonio Torres, Jesusita Vallejo. Quizá algún especialista reconozca a uno de ellos, pero la mayoría de nosotros los ignoramos, los sembramos de silencio.

Jesús María Peña Marín, actor y poeta, nació el 22 de febrero de 1962 en Medellín, y el 30 de abril de 1986, a la edad de 24 años, fue desaparecido en Bucaramanga. Días después, su cuerpo fue encontrado mutilado y con signos de tortura. La apuesta valerosa de los egresados de música hace posible que la memoria de Peña habite entre nosotros y que su palabra siga viva, ahora hecha canción.

Pero la verdad es que el país no ha consolidado su memoria, no ha reconocido sus frutos, ni ha devuelto a las nuevas generaciones lo

que hemos sido y lo que vamos siendo. El historiador francés Pierre Nora nos dice que la memoria se sintetiza en el esfuerzo consciente de cada grupo humano por encontrar su pasado, sea este real o imaginario, para valorarlo, no desde una supuesta objetividad que no existe, sino desde la honestidad de sabernos y reconocernos. Pero advierte Nelly Richard que el gran reto de la memoria es evitar que se convierta en un documento cerrado, en un monumento inerte. Por tanto, la memoria debe ser viva: palabra, obra, sonido, acción.

Un aporte a la memoria viva

La universidad, más que ninguna otra institución, está llamada a aportar en esa construcción. Desde sus cátedras, desde sus grupos de investigación, desde sus propuestas de creación y devolución a la ciudadanía, por mencionar algunas, debe permanentemente consolidar espacios que así lo permitan. En nuestra Alma Máter, uno de esos espacios es, sin lugar a dudas, la convocatoria a los Premios Nacionales de Cultura Universidad de Antioquia que este año llega a su versión número cincuenta,; es decir, hace medio siglo que desde estos galardones se hace un “reconocimiento a la creación y expresión de las artes buscando evidenciar la identidad colombiana [...], y se da un reflejo desde todas las miradas de un país que tiene historias por contar en cada esquina; proyectos que quieren mostrar una Colombia viva, diversa, y que vale la pena conocer”. Así podemos afirmar que los premios son una apuesta para que la peste del olvido, como dice García Márquez, no se apodere de nosotros.

Una de estas distinciones es el Premio a las Artes y las Letras, antes denominado Premio Nacional de Cultura por Reconocimiento. El galardón, que se entrega cada dos años, exalta la vida y la obra de un personaje que desde su quehacer ha contribuido al desarrollo literario o artístico de Colombia. Porque los representantes destacados de las expresiones culturales nacionales ayudan decididamente, con su obra, al afianzamiento de identidades locales y regionales. Exaltarlos implica conocerlos, hacerlos visibles para la comunidad académica universitaria, que evidentemente puede estudiar y salvaguardar su producción, recrear sus contenidos a través de múltiples posibilidades en los campos del conocimiento, la educación, y la creación artística.

Premio a las Artes y las Letras en 2017

Beatriz González, Martha Elena Bravo y Jorge Alberto Naranjo eligieron al músico, pianista y compositor Luis Carlos Figueroa Sierra como el ganador de la versión 17 del Premio Nacional a las Artes y las Letras en el año 2017. Expresaron que el maestro Figueroa, nacido en Cali el 12 de octubre de 1923, “se ubica como uno de los compositores más importantes y más relevantes de la historia de la música en Colombia en la segunda mitad del siglo xx”. Tiene más de 100 obras en las que fusiona técnicas de composición de las escuelas europeas con varias prácticas musicales tradicionales de su tierra natal. “Su creación musical se puede considerar reflejo y fruto del importante mestizaje que ha sido fundamental en la constitución de Colombia a lo largo de su historia. Las músicas tradicionales de la región andina colombiana, el componente indígena y el elemento afro-colombiano se pueden todos escuchar en la música del maestro Luis Carlos Figueroa”.



Male Correa, *Habitante*, acrílico sobre lienzo, 80 x 60 cm, 2002

15

Sin duda alguna, el maestro Figueroa traduce y sintetiza la historia de este territorio, navega entre lo tradicional, lo popular y lo académico para devolverle a Colombia una imagen sonora. Y la Universidad, al otorgarle este premio, hace visible el retrato.

Pero ¿cuántos Figueroa podremos exaltar?

No basta con los premios, es indispensable construir dinámicas investigativas, académicas, pedagógicas, artísticas desde las cuales abordemos el conocimiento de nosotros mismos. De lo contrario, como expresa el poeta Peña, estamos condenados a no ser nunca nosotros.

Alejandro Tobón Restrepo dirige el Grupo de Investigación de Músicas Regionales de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia.